AÑO I. MADRID, 12 DE MARZO DE 1886. NÚM. 1.

EL SOCIALISTA

ÓRGANO DEL PARTIDO OBRERO

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: *España*, 1 peseta; *Ultramar*, 1,25; *Portugal*, 1,50; *Otros países*, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en sellos de comunicaciones, y en este caso se certificará la carta, ó en letras de fácil cobranza.

APARECERÁ LOS VIERNES

Redacción y Administración: Hernán-Cortés, 8, pral.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de redacción, á Pablo Iglesias; la de administración, á Antonio Torres.

EL PROGRAMA DE NUESTRO PARTIDO

I

Empezaremos á cumplir lo que prometimos en nuestro número-prospecto, dando á conocer los hechos y razones que sirven de fundamento á los principios é ideas contenidas en el programa del Partido Socialista Obrero.

Aunque en el número prospecto publicamos ya dicho programa, no estará de más que, al intentar su análisis, le hagamos figurar á la cabeza de este trabajo. Por lo tanto, le reproducimos aquí.

Dice del modo siguiente:

«Considerando:

»Que esta sociedad es injusta porque divide á sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas: una, la burguesía, que, poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante; otra, el Proletariado, que, no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada;

»Que la sujeción económica del Proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política;

»Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el poder político, del cual se vale para dominar al Proletariado;

»Por otra parte:

»Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando ó destruyendo el estado social que las produce;

»Que esto no puede conseguirse sino de un modo: transformando la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo en propiedad común de la sociedad entera;

»Que la poderosa palanca con que el Proletariado ha de destruir los obstáculos que á la transformación de la propiedad se opongan ha de ser el poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos:

»Por todas estas razones, el Partido Socialista declara que tiene por aspiración:

»1.° **La posesión del poder político por la clase trabajadora.**

»2.° **La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la nación.**

»3.° **La constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica del trabajo y de la enseñanza integral para todos los individuos de uno ú otro sexo.**

»En suma: el ideal del Partido Socialista es la **completa emancipación de la clase trabajadora. Es decir, la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.**

»El Partido Socialista considera como medios inmediatos para realizar su aspiración, los siguientes:

»Derechos de asociación, de reunión, de petición, de manifestación, de coalición.—Libertad de la Prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte.—Un solo fuero.—Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Milicia popular.—En tanto que el Ejército subsista, servicio general y obligatorio.—Reducción de las horas de trabajo.—Prohibición del trabajo de los niños en las condiciones en que hoy se verifica.—Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores.—Creación de Comisiones de vigilancia, elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos vivan, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Responsabilidad pecuniaria de los dueños de cualquier industria en materia de accidentes del trabajo.—Protección á las Cajas de socorros y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza gratuíta y laica.—Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y de todas aquellas que tiendan directamente á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y circulación, así como de las minas, bosques, etc., etc., y concesión del trabajo de estas propiedades á las Asociaciones obreras constituídas ó que se constituyan al efecto.—Supresión del presupuesto del clero y confiscación de sus bienes.—Y todas aquellas reformas que el Partido Socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos.»

Por no ser demasiado prolijos, dejaremos de señalar los datos que justifican que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases, y que esta lucha, mantenida constantemente, ha eliminado del campo de batalla algunas de aquéllas, dejando en pie á la fecha dos clases no más. Sólo nos concretaremos á poner de relieve la existencia de éstas y los intereses distintos y opuestos que tiene cada una respecto de la otra.

Ante todo, desharemos un error que unos de buena fe y otros interesadamente sostienen todavía: el de que existe clase aristocrática y clase teocrática. Ambas clases desaparecieron al advenimiento al poder de la burguesía. La abolición total del feudalismo, debida en Inglaterra á la revolución del siglo XVI, en Francia á la revolución del siglo pasado y en los demás paises al triunfo de la monarquía constitucional, fué la muerte, como clases, del clero y la aristocracia. Salvo los inútiles esfuerzos de algunos elementos clericales de nuestro país por volver al antiguo régimen y mantenerse separados de la clase dominante, los restos de las clases teocrática y aristocrática se confunden hoy en todos los países con la burguesía, á quien prestan sus servicios. De ningún modo, pues, deben considerarse como clases sociales los residuos de la aristocracia y el clero.

De las distintas clases sociales que en épocas anteriores existieron sólo quedan hoy la burguesa y la obrera: constituyen propiamente la primera los individuos que, disponiendo de los medios de producción, se apropian una parte del trabajo de los que están desposeídos de ellos; pertenecen á la segunda los obreros que, siendo propietarios de los instrumentos de trabajo, los ponen ellos mismos en función, y además todos los proletarios que carecen de dichos instrumentos y, para poder vivir, ó mejor aún, vegetar, vense forzosamente obligados á vender su fuerza de trabajo, sus brazos, por una cantidad muy inferior á los valores que producen. El militarismo, la magistratura, el clero, la policía, etc., etcétera, no son hoy clases sociales, sino profesiones instituídas ó mantenidas por la burguesía para que defiendan sus intereses; y los individuos que figuran en ellas salen de ambas clases, aunque la mayoría son reclutados en las filas de los desheredados.

Desde el momento que hay una clase—la burguesa—que vive á expensas de otra clase—la proletaria—la diferencia, el odio, el antagonismo entre una y otra tienen forzosamente que existir. Mientras el desarrollo industrial, agrícola y comercial ha estado contenido dentro de ciertos límites, esas diferencias, odios y antagonismos han permanecido ocultos y encubiertos algún tanto por las relaciones aparentemente armónicas y amigables que existían entre obreros y maestros ó patronos. En esta época los choques y conflictos entre unos y otros apenas existían. Pero inmediatamente que á la pequeña industria, al cultivo en pequeño y al comercio en reducida escala sucedieron los grandes talleres, la división del trabajo y los inventos mecánicos, las costumbres semipatriarcales existentes entre pequeños burgueses y obreros se borraron por completo, apareciendo en su lugar un antagonismo abierto, franco, declarado, que de día en día adquiere mayores proporciones. ¿Qué vemos actualmente dentro del taller? ¿Cuáles son en el terreno económico las relaciones entre asalariados y patronos? Para el burgués, sea de la clase que quiera, no hay más mira, más objetivo ni más interés que arrancar al obrero la mayor cantidad de trabajo por el más corto salario. Que éste no alcance á cubrir las necesidades del que lo percibe, que la salud del asalariado se resienta por el excesivo trabajo que se le obliga á realizar, que por lo mismo su vida corra peligro de extinguirse en edad temprana, nada de esto, en tanto sea sufrido y tolerado por el que lo padece, interesa al burgués. Atento sólo á su negocio, no piensa más que en explotar cuanto puede á los que no considera sino como fuente de beneficios y riqueza.

Por su parte el obrero, en lo que le permite su situación inferior respecto al patrono, el corto conocimiento de su estado y los escasos medios de que puede disponer, solamente se cuida é inquieta de conseguir que su trabajo disminuya, obtener mejor retribución que la que le dan y gozar dentro del taller la mayor consideración. Si la conquista de estos beneficios pone en apuro al burgués de quien lo reclama, por no poder éste competir con sus rivales en producción, al trabajador nada le importa. Y así como al patrono no le afectan las cuitas y dolores de los obreros, así éstos permanecen impasibles ante las contrariedades ó desdichas que puedan ocurrir á los burgueses. Unos y otros saben demasiado que en la solución de las cuestiones que surgen entre ellos no entra por nada la razón ni la justicia, ni consideraciones sentimentales de ninguna clase, sino la fuerza con que cuenta cada contrincante para imponer al otro lo que á sus intereses, sólo á sus intereses, conviene.

Por eso vemos cómo las huelgas, signo el más característico del antagonismo social, á pesar de costar de una parte y de otra cuantiosas sumas, se generalizan y revisten un caracter más imponente y amenazador cada día. En estas luchas el obrero no cede hasta que el hambre le obliga, y el industrial pelea hasta que el vacío causado en su gaveta le obliga á rendirse. Y como en esta lucha de intereses, y en esta desigualdad de condiciones, el obrero desempeña siempre el papel de víctima y el burgués el de verdugo, la indiferencia con que éste ve la muerte de un obrero es pagada por los asalariados con la alegría que experimentan al saber la muerte de un burgués, de su enemigo.

Si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases aparece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase á clase.

Allí donde los trabajadores aparecen dormidos para el movimiento político, los Gobiernos, *vera efigies* de la clase burguesa, ni prestan atención á sus males, ni menos se preocupan de buscarles algún remedio; por el contrario, aprovechando el estado letárgico de los proletarios, cuídanse y muévense con afán por extender el campo de la explotación obrera, barriendo los obstáculos que se oponen al acrecentamiento de la fortuna de la clase expoliadora. Si en vez de estar adormecidas, las masas proletarias pelean en el campo político por disminuir su explotación y aliviar su malestar, entonces los Gobiernos, atentos siempre al interés de la clase que representan, al interés de la burguesía, niéganse á satisfacer las reclamaciones de aquéllos, persiguiéndolos con rabia por haberlas formulado, y si alguna vez ceden es porque los obreros, como en la lucha económica, han hecho sentir su fuerza.

En estas contiendas la clase proletaria tampoco tiene en cuenta si su actitud, si sus movimientos pueden perjudicar en algo los intereses de la burguesía: lo que á ella le importa es ver el modo de arrancarla el mayor número de concesiones. Más todavía: los mismos obreros que, por error, militan en los bandos burgueses, no se hallan animados de sentimientos de concordia; antes al contrario, siéntense impulsados casi siempre por la idea de mejorar su condición mermando los monopolios y privilegios de la clase explotadora.

Finalmente, por doquiera que tendamos la vista el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa se manifiesta abiertamente: podría decirse que se halla en el aire que respiramos.

Ahora bien: ¿es verdad que este antagonismo, como dicen los escritores burgueses, le han inventado los socialistas? Contestar afirmativamente sería mentir á sabiendas ó decir un disparate.

El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no le han inventado los socialistas ni tampoco los que no lo son: ese antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirle, conocer su origen y señalarle á la clase trabajadora para que abandonara engañosos ideales y entrara en el camino de la lucha de clases.

Y en efecto, desde que ese antagonismo fué descubierto, los proletarios, desechando las falsas ideas que acerca de las relaciones sociales tenían, han comprendido que para lograr su emancipación el primer paso que deben dar es organizarse como clase, separados de todo partido político burgués.

PROPAGANDA SOCIALISTA

EN PROVINCIAS.

Hace algún tiempo que las agrupaciones del Partido Socialista Obrero de Madrid y de Barcelona tomaron el acuerdo de verificar una excursión de propaganda de nuestras doctrinas en algunas poblaciones, y sólo se aguardaba para realizarla un momento oportuno. Decidida la publicación inmediata de EL SOCIALISTA, parecía conveniente que á la difusión del credo de nuestro partido por medio de la Prensa precediera la propaganda oral, y ésta ha tenido efecto desde los primeros días de febrero anterior hasta principios del mes actual.

Designados para esta empresa nuestro compañero de Redacción Pablo Iglesias por el Comité de Madrid y nuestro amigo José Caparó por el de Barcelona, la región catalana reclamaba en primer término la presencia de dichos delegados; pues siendo allí donde el desarrollo industrial alcanza mayor grado en la Península, allí también la población obrera tiene núcleos más numerosos y es terreno apropiado, por consiguiente, para que la semilla socialista produzca sus bienhechores frutos.

No entra en nuestros propósitos hacer una reseña minuciosa de todas y de cada una de las importantes reuniones en que nuestros amigos han expuesto la doctrina socialista; sin embargo, la celebrada en el Circo Ecuestre de Barcelona revistió tal solemnidad, tan numeroso era el concurso que asistió á ella, que bien merece la consagremos algunas palabras.

Sin que previamente resonara ruidosa la trompetería con que los partidos burgueses acostumbran anunciar á sus dioses mayores cuando descienden de su olimpo para ofrecer á los simples mortales los dones de su palabra; sin el estímulo interesado que á las fracciones burguesas impulsa á revestir actos semejantes de un aparato teatral que todavía deslumbra á los que desconocen la farsa de bastidores; bastando, en fin, un sencillo anuncio apenas divulgado, el amplio local se vió ocupado por cinco ó seis mil personas, siendo también muchas á las que les fué imposible penetrar en él.

Aquel público inmenso, compuesto en gran mayoría de trabajadores, no acudía allí á deleitar el sentido au

tivo con la elegante palabra de renombrados oradores, tan pródigos de frases artísticas y bellas como avaros de sinceridad, y cuyo fin se dirige á arrancar los aplausos de la multitud tocando resortes de artificio, merced á los cuales se crean una atmósfera de falsa popularidad: sabía que iba á escuchar la palabra de oscuros obreros, sin más títulos que una vida entera consagrada á las faenas del taller y una fe inquebrantable puesta al servicio de la causa de la emancipación del Proletariado; sabía también que iba á ser expuesta la doctrina de un partido de clase, distinto y opuesto á todos los existentes, y esto bastó para que su expectación fuera grande y su interés justificado.

Sin apelar á los perfiles oratorios, con la sencillez más leal, el programa del Partido Socialista Obrero fué dado á conocer en toda su extensión por nuestros amigos, demostrando cómo su razón de ser arranca fatalmente del actual estado económico, cuyo corolario será la concentración de los medios de producción y el deslinde completo del campo social en dos clases antagónicas, la capitalista y la proletaria, y haciendo ver la necesidad de que los trabajadores todos se agrupen bajo la bandera de nuestro partido, desertando de aquellos otros á que prestan savia, y que, pretendiendo plaza de avanzados, son esencialmente idénticos á los llamados doctrinarios, pues que todos ellos están acordes en mantener el principio de la propiedad individual.

Siendo partido de lucha y francamente revolucionario el nuestro, claro es que nuestros amigos debían hacer la crítica de los de la clase media; y en efecto, sus doctrinas y sus hombres fueron rechazados y atacados con dureza: las unas por deficientes para plantear siquiera el problema social; los otros porque la experiencia los ha mostrado incapaces del acierto aun dentro de los moldes de la actual sociedad capitalista. Sin embargo, tal fondo de justicia y de verdad encerraban aquellos ataques, de tal modo está en la conciencia general que son harto merecidos, que la asamblea los acogió sin la más leve protesta.

El *meeting* fué por todos conceptos importante, dando en él la clase obrera prueba palpable de hallarse dispuesta á entrar en las vías de su verdadera redención, hasta el punto de que un periódico republicano de Barcelona, *La Publicidad*, se haya visto obligado á escribir las siguientes líneas:

«La reunión fué culta, tranquila y ordenada; digna, en fin, de nuestros obreros. Decididamente, los conservadores pueden aprender cortesía, respeto al adversario y moderación hasta de los mismos socialistas.»

Desde Barcelona pasaron nuestros amigos á otros centros obreros importantes, como Manresa, Roda, Vilanueva y Geltrú, Villafranca del Panadés, Badalona, Mataró y Reus. Debemos hacer notar que, no contando con todos los medios necesarios para esta clase de trabajos, las reuniones celebradas en estas poblaciones hubo casi que improvisarlas, y esto no obstante, á ellas acudieron los obreros en gran número.

Un hecho curioso y de importancia ha dado carácter á alguna de estas asambleas: el de la asistencia de muchas obreras. Quizá este detalle preste asunto á algún periodista rufianesco para final *chistoso* de uno de esos artículos en que se pondera las virtudes de la ilustre adúltera X... ó el espiritual *sprit* de la elegante horizontal P...; pero los que como nosotros sepan que muchas de aquellas obreras son víctimas de la explotación mas infame, viéndose obligadas á trabajar en la fábrica catorce ó quince horas diarias por el salario de 5 ó 6 reales; que casi tienen que renunciar á los goces y ternuras del hogar, secuestradas por un trabajo bárbaro y criminal; que algunas, en fin, atrofiado su sentido moral por los rigores de la miseria, acechadas de continuo por el grosero apetito del burgués, caen en el abismo de la desesperación y de la deshonra; los que eso sepan, decimos, se explicarán y aplaudirán que la obrera preste su atención y su poderoso concurso á la obra á cuyo fin ha de hallar verdaderas garantías de vida moral, intelectual y material.

* * *

También ha estado nuestro compañero Iglesias en Málaga, exponiendo ante algunos obreros el programa del Partido Socialista, y en dicha ciudad y en Sevilla y Córdoba aprovechó la ocasión para realizar algunos trabajos relacionados con la Federación Tipográfica, de los cuales es de esperar en breve provechoso resultado.

* * *

La excursión realizada por los delegados de nuestro Partido tenemos motivos para considerarla fructuosa, habiéndose constituído Comités en algunas poblaciones y estando próximo á realizarse en otras. Sin apelar á la hipérbole, á la cual somos refractarios, podemos asegurar que la doctrina del Partido Socialista Obrero ha sido explicada ante 15.000 trabajadores, siendo en todas partes acogida con verdadera simpatía. Cuando esto sucede en poblaciones donde la idea republicana federal cuenta sus más numerosos adeptos, indudablemente está muy cercano el día en que todos los obreros se convenzan de que los partidos burgueses, desde el carlista hasta el federal, son fieles guardianes de las bases fundamentales de un orden social ya caduco y condenado por la ciencia, y en que, comprendiendo sus verdaderos intereses, vengan á nuestro Partido á luchar por la emancipación del Proletariado.

SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Hubo un tiempo, no remoto, en que la clase capitalista vivía tranquila y feliz del producto del trabajo ajeno, sin temor y sin escrúpulos, creyéndose segura y al abrigo de toda tentativa de reivindicación de parte de los desposeídos, siquiera ésta reivindicación fuese parcial é incompleta.

La aparición de la Internacional en el campo económico fué como el primer cañonazo de alarma, que hizo temblar á la burguesía de ambos mundos. Al principio nuestros gobernantes no se daban cuenta del peligro que los amenazaba. ¿Qué significaba aquella vasta aglomeración cosmopolita de hombres nuevos, desconocidos, que profesaban ideas de renovación universal? ¿Era una nueva secta político-religiosa? ¿Tratábase de una utopía más de los ideólogos burgueses? Mientras duró este período de incertidumbre la actitud de los diferentes partidos en que se descompone la burguesía fué relativamente benévola con la nueva Asociación; pero no tardaron en comprender que lo que habían tomado como inofensiva utopía era ni más ni menos que el advenimiento de toda una clase á la lucha por la vida, ó lo que es lo mismo, por el poder; la afirmación consciente de que la inmensa mayoría que produce no era nada y que debía serlo todo.

Va á hacer quince años que la Asociación Internacional de los Trabajadores sucumbió en combate desigual con los poderes burgueses. Anegada en el mar de sangre de los defensores de la *Commune* de París, estrangulada, por decirlo así, por las leyes draconianas de todos los Gobiernos de Europa, la Internacional parecía sepultada para siempre en el panteón de las instituciones desaparecidas.

¿Y qué vemos hoy?

Los mismos desheredados, los mismos desposeídos, se agrupan en todas partes bajo la misma bandera: «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», y proclaman idéntica aspiración: «la nacionalización de todos los instrumentos de trabajo, tierras, máquinas, capital», que les son absolutamente necesarios para la vida y que pertenecen de derecho al que los hace producir.

Y no es ya aquella Internacional de Trabajadores tan temida y calumniada, son los proletarios de cada nación, que, engañados por todos los partidos existentes, se deciden á transportar al terreno político el antagonismo irreconciliable que se manifiesta cada día mas enérgico en el taller, en la fábrica, en la mina, entre los explotados y sus explotadores y los que de ellos dependen.

En Alemania como en Francia, en Inglaterra como en los Estados Unidos, en Italia, en Dinamarca, en España, en Bélgica, en Portugal, los trabajadores se constituyen en partido político distinto y contrario de todos los partidos burgueses, en partido de clase, cuyo programa es idéntico—como no podía menos de ser—en todos los países.

Y las masas obreras que no han entrado todavía en la nueva organización, se ven arrastradas irresistiblemente por el movimiento económico nacido de la crisis mortífera que diezma la población obrera de ambos mundos. Estas crisis, que reconocen por causa única el sistema anárquico de la producción capitalista, la abundancia ascendente de productos en proporción inversa de la capacidad del consumo, y que eran antes periódicas, revisten hoy el carácter de permanentes y se hallan destinadas á adquirir proporciones colosales hasta ahora desconocidas.

El movimiento obrero, provocado en los Estados Unidos de América por la importación de los trabajadores chinos, que permite á los explotadores de aquel país rebajar el salario ya insuficiente del trabajador angloamericano ó de procedencia europea; en Inglaterra por la falta de trabajo y la miseria espantosa de los obreros agrícolas y fabriles, va entrando en Francia en el período que podríamos llamar agudo. Los sucesos de Decazeville, cuya gravedad sería ocioso encarecer y que nuestros lectores verán explicados detalladamente en otra seccion del periódico, unidos á la feliz circunstancia de encontrarse en el Parlamento francés tres diputados obreros que no han temido abrazar abiertamente la causa del Proletariado contra sus explotadores, aun á riesgo de ponerse en contradicción con la fracción más avanzada, con los republicanos radicales, vienen á dar á lo que en otro momento habría sido una simple huelga, toda la importancia de una lucha de clase contra clase, de los siervos de la mina contra los barones del capital.

En tal conflicto, el Gobierno republicano, no obstante su buena voluntad y sus deseos de proteger á los mineros del Aveyrón, que votaron por la República, contra la rapacidad y la opresión de los administradores de la Compañía, que son monárquicos; forzado por la fatalidad de su situación, se niega á adoptar las medidas de justicia propuestas por el diputado minero, persigue y castiga á los obreros que sostienen la huelga y envía soldados, jueces y esbirros para que apoyen y alienten la resistencia de la Compañía, que de otro modo se vería obligada á ceder. Sin embargo, el Gobierno, sin salirse de la ley, podría declarar caducada la concesión de las minas de Decazeville, expropiar la Sociedad que las explota y cederlas á los mineros asociados, que han manifestado ya al ingeniero del Gobierno sus intenciones de encargarse de la empresa. Pero no lo hace ni lo hará; si individualmente algunos ministros se inclinan á esta solución, como Gobierno son ante todo los sostenedores de la clase capitalista, los defensores de los derechos imprescriptibles de la santa propiedad.

Aunque la legalidad favorezca algunas veces á la clase trabajadora, en tanto ésta no realice la transformación social á que aspira, semejantes conflictos se presentarán ordinariamente, sin que sean bastantes á resolverlos todos los políticos de la burguesía.

Y no se nos venga diciendo que lo que pasa en Francia es resultado de una situación excepcional, que la industria de aquel país se encuentra en un estado particular, que las leyes por que se rige no son las mismas que en el nuestro, que las costumbres son diferentes, etcétera. Lo negamos rotundamente, y cuando se quiera demostraremos que lo que ocurre hoy en Francia ha sucedido y sucede en España, y que en materia económica la situación es análoga en ambos países: la explotación capitalista, su organización, su carácter, son iguales aquende que allende el Pirineo; los obreros estamos sumidos en la misma profunda miseria, y en las luchas contra nuestros explotadores, la burguesía gubernamental interviene siempre en favor de nuestros enemigos y nos aplica unas leyes hechas exclusivamente contra nosotros.

Tal es la razón de nuestra solidaridad con los obreros de las demás naciones; sus intereses son los nuestros, sus enemigos son nuestros enemigos. Por eso hacemos nuestra la causa de los mineros de Decazeville y formamos los más ardientes votos por su próximo y completo triunfo y el de sus valientes defensores.

La extensión de las correspondencias de París que insertamos en otro lugar nos impide hacernos cargo de lo dicho por la Prensa burguesa con motivo de la aparición de nuestro número prospecto y de la excursión de propaganda. Lo haremos en el de la semana próxima.

A los zoilos y pedantes á quienes pueda dar ocasión nuestra pedestre prosa para sus impertinentes palmetazos, debemos decirles por adelantado que sus censuras no han de hacer la más leve mella en nuestro amor propio. Compuesto el Consejo de Redacción de obreros manuales, no tenemos la más ligera pretensión literaria, aspirando tan sólo á hacernos entender de los trabajadores y á exponer con la mayor sencillez la doctrina socialista.

La preparación de los trabajos administrativos que consigo lleva toda publicación, aun siendo tan modesta como la nuestra, han impedido que EL SOCIALISTA apareciese, conforme habíamos prometido, la primera semana de marzo.

CARTAS DE FRANCIA

París, 25 de febrero de 1886.

Los sucesos políticos á que ha dado lugar la huelga tumultuosa de los mineros de Decazeville son de una trascendencia tan evidente para la causa del Proletariado francés, es decir, para nuestra causa, que me contentaré con referirlos sin otro género de preámbulo.

A fines del pasado mes de enero los trabajadores de las minas de Decazeville, departamento del Aveyrón, se declararon en huelga reclamando la cesación de ciertos escandalosos abusos en la valoración de los destajos, que mermaban cerca de la mitad el jornal de los mineros, la abolición de las multas y el pago por quincenas en vez de mensual, ó por mejor decir, con dos meses de atraso, pues el trabajo de un mes no se paga en aquellas minas hasta fines del mes siguiente.

El ingeniero jefe de las minas de Decazeville, un tal Watrin, hombre aborrecido de toda la población minera, por su carácter despótico y más que nada por las insoportables exacciones que inventaba diariamente—exacciones que le valían una pingüe gratificación de la Compañía explotadora—acogió la demanda de los huelguistas como tenía por costumbre, con altanería y sin dejar entrever á los infelices mineros el menor rayo de esperanza.

No se necesitaba más para exacerbar los ánimos de una población que por espacio de siete años había sufrido la opresión y la rapacidad de un hombre que les quitaba literalmente el pan de la boca. La miseria es efectivamente espantosa en Decazeville.

Las mujeres de los mineros principalmente habían llegado á una exasperación tal, que al ingeniero del Gobierno, que les aconsejaba la calma, respondían:

—¡La calma!... ¡Si no tenemos pan que dar á nuestros hijos!

El desenlace de este drama del trabajo era fácil de prever, y el autor de tanta miseria no fue el último en preverlo. Viéndose perdido, refugióse en una casa contigua al Establecimiento, acompañado del alcalde, del ingeniero del Gobierno y de otras personas conocidas de la localidad, que le servían como de escudo. Los irritados mineros, no atreviéndose á derribar la puerta, acercaron á la pared una escalera de mano, treparon por ella, y entrando en el primer piso de la casa se apoderaron de Watrin y lo arrojaron por el balcón á la calle, acabándolo los que estaban abajo con piedras y barras de hierro.

¡Justo castigo de uno de los más odiosos explotadores de la miseria obrera!

* * *

Tan luego como llegó á París la noticia telegráfica de este trágico suceso, el ciudadano Basly, minero del Norte, cuya admirable conducta durante la célebre huelga de Anzin está presente en la memoria de todos, y que fué elegido diputado por París en las últimas elecciones, salió para Decazeville con objeto de juzgar por sí mismo la situación y saber la verdad de lo sucedido, que el telégrafo oficial, ayudado de la Prensa burguesa, empezaba á disfrazar. No necesito añadir que al diputado obrero había precedido la justicia de los explotadores, escoltada de esbirros de todas armas que desde luego ocuparon militarmente la población é hicieron numerosas prisiones.

El ciudadano Basly no tardó en convencerse que lo que tanto escandalizaba á la clase capitalista y á sus órganos asalariados—que no están acostumbrados aún á estos ejemplares—era simplemente un acto de justicia, la explosión natural de un sufrimiento largo tiempo comprimido, el fuego grisú de la esclavitud proletaria.

De regreso á París, Basly se apresuró á anunciar al Gobierno su intención de interpelarle sobre los sucesos de Decazeville; pero semejante interpelación molestaba singularmente á sus colegas de la extrema izquierda, que lograron convencerle de que aplazase su proyecto hasta la votación de la amnistía, ó sea hasta la semana siguiente, esperando, sin duda, que durante este tiempo variaría de parecer.

Pero no contaban con la firmeza del antiguo minero, ni con la intervención de la Aglomeración parisiense del *Partido Socialista Obrero francés*, en cuyas ideas el diputado obrero debía naturalmente inspirarse. Nuestros amigos de la Aglomeración parisiense organizaron, en efecto, una gran reunión pública á beneficio de las familias de los presos de Decazeville, para el domingo 7 de febrero, cinco días antes del fijado para la interpelación de Basly, quien se ofreció á presidir la citada reunión.

Esta tuvo lugar en el teatro del Château d'Eau, uno de los más vastos de París, con el concurso de cerca de 5.000 personas. El ciudadano Basly, después de haber hecho profesión pública de sus ideas socialistas y revolucionarias, se comprometió solemnemente á defender, desde la tribuna de la Cámara de Diputados, las reivindicaciones de los mineros y á sostener que toda la responsabilidad de la *ejecución* del ingeniero Watrin pertenecía á la Compañía minera.

Estas enérgicas declaraciones fueron apoyadas por el ciudadano Camélinat, obrero grabador, ex delegado de la *Commune* y diputado actualmente de París, y por el ciudadano Boyer, dependiente de comercio y diputado por Marsella.

Tan inesperada manifestación causó un asombro general en el campo burgués. No había duda, el rompimiento entre los diputados obreros y la extrema izquierda, en cuyas filas militaban, era inevitable, y la formación de un grupo socialista obrero en la Cámara parecía inminente.

Sin embargo, todo no estaba perdido. Había esperanzas de que, llegado el momento, faltaran á Basly la entereza, la sangre fría y la abnegación necesarias para cumplir lo ofrecido en el *meeting* del Château d'Eau.

Es verdad que los políticos de la burguesía olvidaban un hecho, ó le atribuían escasísima importancia: la formación de un partido socialista obrero, con una organización, con una aspiración definida, profundamente transformadora y revolucionaria, con un programa determinado y con un ejército de reserva, cuyas masas constituyen la fuerza, la razón de ser de los *tres* de la minoría socialista obrera de la Cámara actual.

***

Llegó el día 11, señalado para la interpelación de Basly, día memorable que figurará como gloriosa etapa en la marcha triunfante hacia la revolución social. Las tribunas estaban completamente llenas, como en los días de grandes luchas parlamentarias.

«M. Basly tiene la palabra», anunció solemnemente el presidente Floquet.

Y un joven, delgado, de cabellos rubios, de facciones enérgicas y que no carecían de distinción, vestido de una americana ceñida al cuerpo, dirigióse con paso firme á la tribuna.

Sin apresurarse, con perfecto aplomo, cual si estuviese en su casa, el minero Basly colocó sus papeles sobre el mármol de la tribuna y aguardó á que se estableciese el silencio.

Al fin empezó el discurso siguiente, que extractaré lo más extensamente posible, sintiendo que la falta de espacio no me permita publicarlo íntegro:

«Señores: Cuando anuncié mi interpelación al Ministro de Obras públicas, los informes que yo había tomado en Decazeville y los telegramas que recibía de aquella localidad presentaban la situación como muy grave y una nueva explosión como inminente.

»Si esta explosión no se ha producido todavía, no por eso es menos de temer, y la prueba de ello es que si el trabajo continúa es bajo la protección de las bayonetas. Las tropas están acampadas en Decazeville, lo cual prueba que el Gobierno y la Compañía temen una nueva sublevación.

»Señores, si la Compañía no temiese nuevas reivindicaciones, si no temiese ver su conducta, sus procedimientos, provocar nuevas violencias, no solicitaría el apoyo de las bayonetas. (*Rumores.*)

»La Administración de aquellas minas tiene, pues, conciencia, no sólo de su impopularidad, sino de sus exacciones, puesto que, como los bandidos de la Sicilia, opera á mano armada.» (*Ruidosas exclamaciones.*)

El orador contesta á varias interrupciones de la derecha y del centro, y á los que lo tachan de poco instruído porque lee algunos pasajes de su discurso, replica:

«Sí, lo leo, y si vosotros hubieseis trabajado como yo dieciocho años en el fondo de las minas, tal vez no seríais capaces ni siquiera de leer.» (*Rumores.*)

Y continúa así:

«Pero no se trata solamente de seguridad pública; trátase de moralidad política, de justicia social.

»Señores, lo que sucede hoy no es nuevo y mi deber consiste en exponeros la verdadera situación de los trabajadores.

»Este es el objeto principal de mi interpelación.

»Me propongo demostrar:

»1.° Que el Gobierno no ha hecho nada por evitar la explosión de Decazeville;

»2.° Cuáles son las quejas de los mineros,

»Y 3.° Cuál es la naturaleza del acto consumado en Decazeville.

»El Gobierno no ha hecho nada, y lo pruebo. Vuestros agentes, Sr. Ministro, os habían advertido de lo que iba á suceder, y no habéis tomado ninguna medida.

»Tengo derecho á decir, antes de abordar otro orden de ideas, que el Gobierno estaba avisado, y que por su impericia es responsable de lo que ha sucedido. (*Murmullos.*)

»Llego al segundo punto, que es el más importante, y consiste en exponer á la Cámara las condiciones en que trabajan los mineros.

»*He aquí sus quejas:*

»En primer lugar, se les obliga á otorgar un crédito de dos meses á la Compañía, que no les paga, por ejemplo, hasta el 28 de febrero los salarios del mes de enero, lo cual equivale á un empréstito forzoso y sin interés de 300.000 francos que la Compañía saca de sus obreros.

»De suerte, que cuando un obrero entra en las minas de Decazeville trabaja *el primer mes y no recibe lo ganado* en este primer mes de trabajo hasta vencido el segundo. Ahora bien: con el salario mezquino que ganan los obreros, yo os pregunto si es posible vivir. Esta es una manera de mantenerlos bajo el yugo, porque así están siempre empeñados...

»Yo podría citar numerosos casos ¡robos! sobre el precio convenido al empezar un trabajo.

»Voy á explicaros ahora el modo como procedía el ingeniero Watrin con sus obreros: bajaba por la mañana á los pozos, y, como un hombre muy de bien, preguntaba á los mineros cuánto recibían por extraer tantas toneladas de carbón, y acababa por decirles:—No ganan ustedes bastante; están ustedes en la miseria.—Y por la tarde llamaba al jefe de la mina y le obligaba á reducir los precios convenidos con los trabajadores.

»Esto constituye un robo puro, condenado por el Código Penal.

»Yo he tenido en mis manos bonos de un mes que por un trabajo de 100 francos habían quedado reducidos á 34. ¿Qué es esto sino una estafa caracterizada?

»Pero al cabo los trabajadores tuvieron conocimiento del papel que representaba Watrin, y que consistía, lo repito, en obligar á los jefes de la mina á disminuir, á reducir los precios convenidos de antemano. Supieron además que M. Watrin había ideado reducir, al cabo del mes, el salario que el obrero había ganado, y esto sin dar conocimiento al obrero. Me explicaré: el obrero creía recibir, con arreglo á la cantidad de trabajo realizada, cierta cantidad de dinero; pero M. Watrin se permitía algunas veces reducirla á la mitad, sin advertir á los interesados y sin dar ninguna explicación.»

El orador pasa á tratar de la Sociedad llamada cooperativa, fundada y administrada exclusivamente por la Compañía, sin ninguna intervención de los trabajadores, y cuyo capital de establecimiento ha sido, no obstante, creado con el 25 por 100 que la Compañía descontara del salario de los obreros. Las Sociedades cooperativas sólo sirven á la Compañía para reducir el salario del obrero y para mantenerle más estrechamente en la esclavitud, pues de este modo la Administración no paga casi nunca al trabajador en dinero, sino en mercancías, obligándole, para vivir, á surtirse de sus tiendas.

«En presencia de tan insoportables abusos—añade el orador—¿quién se atreverá á sostener que el conflicto que estalló quince días há, y que ha costado la vida á un ingeniero, no estaba más que motivado?» (*Exclamaciones é interrupciones violentas.*)

El ciudadano Basly lee un informe del ingeniero del Gobierno, en que se afirma que «las causas de los sucesos de Decazeville deben buscarse en la miseria general de la industria y de los obreros del Aveyrón»; y el orador exclama:

«Pues bien; la cesación de esta miseria, que será causa de nuevas conmociones, es lo que yo vengo á pedir al Gobierno, y esto en plazo breve, renunciando á la culpable inacción en que se mantiene respecto de la más desgraciada de las poblaciones.

»Probablemente el Sr. Ministro va á parapetarse detrás de las circunstancias dificultosas que atraviesa la Sociedad de las Minas y Fundiciones del Aveyrón, y á recordarme que esa Sociedad ha repartido este año á sus accionistas un dividendo de 1 1/2 por 100.

»Permitidme que no gaste toda mi compasión en provecho de esos pobres accionistas y os haga observar que es tanto más injusto el obligar al minero á que participe de las pérdidas en los años malos, cuanto que no se le admite á la participación de los beneficios en los años más prósperos.

»En 1873, las Compañías del Pas-de-Calais distribuyeron 16 millones á sus accionistas. De esta enorme cantidad los trabajadores de las minas no palparon ni un céntimo. Me sería, por el contrario, muy fácil de probar que mientras más abundante ha sido la extracción, más han disminuído los salarios.

»El minero empleado en la extracción del carbón de piedra está, con respecto á la Compañía, en la misma situación que los caballos empleados en el acarreo del mineral. No se le paga ó no se le da de comer sino en la medida que sus fuerzas son necesarias. Sin embargo, jamás las Compañías han tenido la idea, so pretexto de que los negocios no marchaban bien, de disminuir la ración de sus caballos, sepultados en vida. (*¡Oh! ¡Oh!*) En tanto que todo el mundo ha podido observar que se rebajaba el salario del obrero cuando se estaba obligado á continuar dando la misma ración á los animales.

»¿Por qué y cómo el hombre condenado á este trabajo subterráneo ha de valer menos que el bruto? ¿Por qué el minero ha de ser tratado peor que el caballo, y ha de ver mermado su pan y el de su familia porque los dividendos bajan?

»Lo que piden los trabajadores al Gobierno—y sobre este punto tienen tanto más derecho á pedirlo cuanto que las minas han sido concedidas gratuitamente á cierto número de capitalistas—es que el salario que les está señalado corresponda siempre á sus necesidades y á las de sus familias. El obrero quiere poder vivir trabajando, y el mínimum de salario que yo estoy encargado de reclamar corresponde precisamente á esa tarifa única que piden los tejedores de Saint-Quintín, hoy en huelga, á esos precios de serie que una parte de los obreros de París exige que el Consejo municipal haga obligatorios.

»Yo no podré creer, hasta tener pruebas en contrario, que se encuentre en esta Cámara ó en los bancos del Gobierno un hombre capaz de levantarse y decir que la Sociedad que ha reducido á una clase entera de hombres á no poder vivir sino de la venta de sus brazos, debe negarse á garantizar á esa misma clase un *mínimum* de existencia en retribución de la más penosa y más productiva de las faenas.

»Voy á pasar ahora á un punto muy delicado, que trataré con sangre fría... Pero os pido también que me dejéis manifestar todo mi pensamiento, que me permitáis decir, no sólo lo que pienso, sino lo que es. Mi *prolongado trabajo en las minas me permite* aseguraros que hablo por experiencia y que no afirmo ningún hecho que no haya visto por mis propios ojos.

»Pues bien, señores: en Decazeville un hombre ha perecido. Ese hombre se había atraído todos los odios y había excitado todas las iras de la población obrera y comerciante.» (*Rumores.*)

Muchos diputados: «¡Basta! ¡Basta!»

El ciudadano Basly: «Si hubieseis presenciado como yo sus funerales, lo hubieseis visto: ni un obrero ni un comerciante acompañaba su féretro... Watrin era detestado de todo el mundo; había sumido en la miseria toda una población. Su papel ha sido particularmente odioso. ¿Quién no lo conoce? El es quien quitó el pan de la boca á mujeres y niños. (*Nuevas protestas.*) El es el responsable de todo lo sucedido. Señores, tal es el hombre que los mineros han ejecutado...

»De varios lados de la Cámara protestan contra las palabras que acabo de pronunciar. ¿Y esos centenares de obreros despedidos sin piedad por las Compañías por haber creído en esa ley sobre los Sindicatos profesionales que vosotros habéis votado, y cuyas libretas están marcadas de un signo particular para que no encuentren trabajo en ninguna parte, condenándolos así á la miseria, ó lo que es lo mismo, á muerte? ¡Ah! contra los que matan de hambre no hay leyes penales. Pues bien; esos trabajadores, esos mineros perecen también asesinados lentamente y nadie protesta. (*Aplausos en algunos bancos de la extrema izquierda.*)

»Entre los mineros la muerte de Watrin es considerada... no puedo por menos de decirlo... como un acto de justicia. No soy yo solo quien lo dice, son los obreros.

»Sé lo que va á objetárseme: que nadie tiene derecho á hacerse justicia. Yo soy de vuestra opinión; pero en tal caso, haced justicia á los obreros... No, nadie debe hacerse justicia á sí propio; pero con una condición: que la justicia exista. ¿Y el Ministro de Justicia, había pensado en reprimir las exacciones de Watrin? No; en tal caso debía dejar el paso libre á la justicia popular...» (*Enérgicas protestas.*)

El Presidente: «Señor Basly, no puedo permitir que emplee semejantes términos. Lo llamo al orden por primera vez.»

El ciudadano Basly: «Esa justicia sumaria no es, sin embargo, tan rara como algunos creen...»

El orador cita el caso de Mme. Clovis Hugues, que se hizo justicia matando en un sitio público á su infame calumniador; acto que fué aprobado por la inmensa mayoría de la Prensa, y la matadora absuelta por el Jurado.

El ciudadano Basly: «¿Por ventura la cólera de una multitud ultrajada é irritada por el hambre no es tan legítima como la cólera de un individuo?»

El Presidente: «Señor Basly, lo llamo al orden por segunda vez.»

El ciudadano Basly: «Una palabra para terminar.

»El 14 de julio de 1789, ¿no fué ilustrado por la ejecución de los tiranos y de los acaparadores como Flesselles, Foulon, Berthier y los panaderos que mataban al pueblo de hambre? El pueblo paseó sus cabezas en el extremo de una pica, lo cual no impidió á la Cámara que nos ha precedido el erigir esta fecha revolucionaria en fiesta nacional... ¿Dónde está la diferencia entre este hecho y lo acaecido en Decazeville?...

»Por todos estos motivos, señores, y por otros que sería prolijo enumerar, voy á presentar una orden del día motivada.

»Todos los hechos que he señalado sobre la huelga de Decazeville constituyen, de parte de los explotadores, una serie de atentados previstos y castigados por el Código Penal.»

Un Diputado: «¿Qué artículo del Código?»

El ciudadano Basly: «Se me olvidaba que el Código no está hecho para las Compañías que despiden á sus trabajadores y marcan sus libretas á fin de que no encuentren trabajo en otras minas, dejándolos sin pan y sin abrigo y provocándoles así á sublevarse...

»Denuncio todos estos hechos al Sr. Ministro de Justicia y á la Francia obrera, y me dirijo á un Gobierno que se titula republicano para pedirle que ponga inmediatamente en libertad á los obreros detenidos, pues estos ciudadanos, aun admitiendo que sean responsables de la muerte de Watrin, se hallaban en el caso de legítima defensa.

»Tengo el honor de presentar sobre la mesa de la Cámara la orden del día siguiente:

«La Cámara,

»Considerando que los trágicos sucesos de Decazeville son imputables á la inacción del Gobierno, que ha permitido á la Sociedad de Minas y Fundiciones del Aveyrón, contra las disposiciones de la ley, valerse de su concesión para despojar y oprimir toda una población de trabajadores;

»Considerando que esta inacción prolongada no puede por menos, en el estado actual de los ánimos, de comprometer la seguridad pública en Decazeville y en otros puntos, y de provocar nuevos disturbios, más graves aún que los anteriores,

»Ordena al Gobierno, como responsable del orden, á que imponga á la mencionada Sociedad, con carácter de urgencia, las medidas siguientes, reclamadas con justicia por los obreros:

»1.° Paga por quincenas y supresión de la fianza de un mes exigida á los obreros.

»2.° Supresión de las tiendas llamadas cooperativas, que al mismo tiempo que arruinan al comercio en pequeño confiscan la libertad de consumo de los trabajadores.

»3.° Mínimum de salario que garantice la satisfacción indispensable de las necesidades del minero y de su familia.

»4.° La jornada de trabajo reducida á ocho horas.

»Y si la Compañía se negase á cumplir lo mandado, que se le apliquen las disposiciones del art. 50 y otros de la ley del 21 de abril de 1810.

»La Cámara

»Ordena, además, al Sr. Ministro de Justicia que mande poner en libertad á las personas presas con motivo de los sucesos de Decazeville... (*Exclamaciones*) y que disponga una información para averiguar si los últimos disturbios no han sido provocados por los culpables manejos de los administradores de la Compañía concesionaria,

»Y pasa á la orden del día.»

El ciudadano Clovis Hugues (dirigiéndose á la extrema izquierda): «No somos más que tres ó cuatro, pero ya procrearemos.»

Después de un enérgico discurso de Camélinat y otro de Boyer, diputado por Marsella, en el mismo sentido que Basly, la orden del día presentada por éste no fué ni siquiera puesta á votación. La Cámara votó una orden del día ministerial.

La extrema izquierda ha permanecido impasible durante este importantísimo debate. Cuando Basly bajó de la tribuna, la fracción que hace poco, durante las elecciones, se titulaba pomposamente *radical socialista*, guardó un silencio glacial. Ni un aplauso. Solos los dos diputados obreros, á los cuales se unió valerosamente el diputado de Marsella Clovis Hugues, saludaron con tres salvas de aplausos al valiente diputado minero; aplausos que resonaban de una manera siniestra en medio del silencio sepulcral. La Cámara había quedado estupefacta y petrificada por las valerosas declaraciones del minero, que había surgido de repente como del seno de la tierra.

Para desafiar aquella Cámara cínicamente burguesa se necesitaba valor y sangre fría: Basly no ha desfallecido ni un momento. Así, que la impresión ha sido profunda y la resonancia será inmensa. La Revolución social ha entrado en el palacio de la Representación burguesa.—M.

París, 6 de marzo de 1886.

La huelga de Decazeville continúa extendiéndose á todo el distrito minero del Aveyrón; los mineros están dando una prueba magnífica de solidaridad obrera.

Entre tanto, ¿qué hace la Compañía? ¿qué hace el Gobierno? La primera persiste en su sistema de provocaciones; el segundo las alienta y estimula con el apoyo de las bayonetas, enviando cada día á Decazeville nuevas fuerzas del Ejército.

Sin embargo, las cosas han llegado á un extremo tal de tirantez, la soberbia de la Compañía pone en tan grave peligro el orden público, que el prefecto del Aveyrón, en nombre del Gobierno, creyó al principio deber oponerse á la fijación de un cartel en que el presidente del Consejo de Administración de la Sociedad de Minas y Fundiciones de aquel departamento, el famoso León Say, exministro de Hacienda y ejecutor de las altas obras de Rothschild, *intimaba á los huelguistas la orden de volver á los pozos en el plazo de cuarenta y ocho horas, so pena de ser excluídos para siempre una parte de entre ellos—los que no fuesen del agrado de la Compañía...*—El autor de este bando señorial advertía á sus siervos de la mina que no esperasen ninguna concesión de parte de la Compañía, «antes por el contrario», que el ingeniero Blazy, cómplice y camarada de Watrin, de aborrecible memoria, volvía á ejercer sus funciones de opresor y explotador de los obreros.

La entereza manifestada por la autoridad gubernativa ha sido, como era de esperar, de corta duración: el Poder se ha sometido una vez más á la voluntad de los señores capitalistas, y el bando conminatorio de León Say fué fijado hace tres días á la entrada de los pozos.

Para intimidar á los huelguistas el Gobierno echa mano del recurso de siempre, de esa ley inicua é hipócrita, que, so pretexto de mantener la «libertad del trabajo», hace del derecho de coalición una mentira y de las huelgas una ilusión engañosa. No contento con dejar á la Compañía explotadora el arma poderosa del capital, de las máquinas, de la administración, de todo ese arsenal que la hace invencible en la lucha con el trabajador indefenso, el Poder envía en ayuda del fuerte sus jueces y sus esbirros, que, emboscados como verdaderos facinerosos, espían á los mineros, y á la menor palabra, al menor acto que pueda parecer un ataque á la famosa «libertad del trabajo»—¡son tan liberales estos burgueses!—se apoderan del huelguista que les ha suministrado el deseado pretexto. De este modo van ya presos cinco ó seis de los más activos, de los más enérgicos é inteligentes, como es natural.

Por fortuna, y merced á los consejos de los diputados Basly y Camélinat, que, según anuncie, se han puesto desde el principio de la huelga al lado de sus compañeros y hermanos, los huelguistas han permanecido impasibles ante este reto insensato.

Por iniciativa de Basly y Camélinat los huelguistas del distrito del Aveyrón se han organizado en Comités locales de resistencia y han constituído un Comité central residente en Decazeville. Esta poderosa organización está produciendo ya sus frutos; gracias á ella, los recursos afluyen en proporciones inesperadas y la Compañía empieza á temer que la interrupción del trabajo sea más larga de lo que creía.

Y como tiene absoluta necesidad de mantener encendidos los fuegos, no quiere exponerse á la ruina completa de los pozos; los administradores empiezan á hablar del abandono de la explotación y de la liquidación de la Sociedad. En tal caso, el Gobierno, con la ley en la mano, podría y debería declarar las minas del Aveyrón propiedad del Estado y encargar de su explotación á los mineros que se organizan á este fin. Pero este paso pueden estar seguros de que el Gobierno no lo dará. Si los hombres que están á su frente manifestasen semejante veleidad de justicia y de reivindicación, no permanecerían en el poder veinticuatro horas.

Una noticia importante: el Consejo municipal de París, en su sesión de ayer, votó un socorro de *diez mil francos* para los huelguistas de Decazeville.

Se me olvidaba decir que Camélinat llegó anteayer á París y anunció inmediatamente al Ministerio una interpelación sobre los sucesos de Decazeville, principalmente sobre:

1.° La ocupación militar.

2.° El papel que representa el prefecto en sus relaciones con la Compañía y con los mineros.

3.° Las prisiones de huelguistas.

4.° Las medidas que piensa adoptar el Gobierno respecto á la Sociedad concesionaria.

Esta interpelación, que su autor deseaba explanar inmediatamente, ha sido aplazada por la Asamblea hasta el jueves.—M.

París, 9 de marzo.

En vista del raro ejemplo dado por el Consejo municipal de París, de que hablaba en la mía de ayer, la fracción obrera socialista de la Cámara francesa ha dirigido á todos los ayuntamientos de Francia el siguiente manifiesto:

«**A los Consejos municipales de Francia:**

»Ciudadanos concejales:

»El Consejo municipal de París acaba de votar *diez mil francos* para socorrer á los obreros de Decazeville.

»En presencia de la miseria que tan crueles estragos está haciendo en aquel desgraciado país, principalmente entre las mujeres y los niños, tendríamos una viva satisfacción en ver que os asociábais á aquel acto de solidaridad.—*Basly.*—*Boyer.*—*Brialou.*—*Camélinat.*—*Clovis Hugues.*—*Planteau.*—*Prudhon.*»

M.

MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA.

El día 25 del mes pasado los obreros de Villanueva y Geltrú, en número de 2.000, se reunieron en el Teatro del Tívoli.

El compañero Juliachs, presidente de la Sociedad de las Tres clases de vapor, después de exponer el estado miserable en que se encuentra, por carecer de ocupación, una parte de la clase trabajadora de Villanueva, propuso llevar á cabo una manifestación reclamando al Ayuntamiento trabajo para los obreros parados.

Aceptada la idea por la reunión, pusiéronse en marcha sus individuos hácia la Casa de la Villa, donde una Comisión de los manifestantes hizo presente al alcalde los deseos de sus compañeros. Parece que la primera autoridad municipal se mostró dispuesta á ocuparse inmediatamente del asunto.

Aunque lo que debieran pedir los obreros son recursos para atender á sus necesidades, y no trabajo, porque si éste falta hoy es debido á que antes han trabajado en demasía, sin que tal exceso se les haya retribuído, nosotros, entre verlos sufrir sus dolores pasivamente ó implorar limosna de la caridad oficial ó privada, preferimos esta clase de manifestaciones, que son verdaderas protestas contra la sociedad actual y signo evidente de que el trabajador se halla dispuesto á exigir lo que de derecho le corresponde.

Lo que hace falta es que esas manifestaciones revistan un carácter enérgico é imponente, en vez del suplicante y suave que hasta ahora han tenido.

Se calcula en 2.000 el número de obreros sin trabajo que hay en Villanueva. Parte de ellos han sido atendidos hasta ahora por las Tres clases de vapor, ya con auxilios en especie, ya en metálico, si bien estos últimos en corta cantidad.

INGLATERRA.

Los directores de la burguesía española, que brillan más que los de los otros países por su ignorancia en las cuestiones económicas y sociales, nos habían presentado al obrero inglés como modelo de sensatez, cordura y reflexión, conceptos que, traducidos al lenguaje de los explotados, quieren decir obediente, resignado y tolerante con cuantos atropellos é infamias cometían con ellos sus patronos.

Aparte de que los que tal decían ignoraban los orígenes de las *Trades-Unions*, en que el obrero inglés se ha revelado más enérgico y rebelde al yugo patronal que los trabajadores de otros países, suponemos que no seguirán pensando del mismo modo á la vista del importante movimiento socialista que allí acaba de manifestarse.

Y no decimos esto por algunos de los hechos ocurridos en el primer *meeting* de los obreros sin trabajo, hechos, por otra parte justificados cuando el hambre domina á una masa de hombres numerosa y es, además, provocada por cínicas manifestaciones de los holgazanes satisfechos; lo decimos principalmente por la sorprendente manera como aumentan sus huestes las filas del socialismo y cómo éste va extendiéndose, cual llama sobre reguero de pólvora, por importantes poblaciones del Reino Unido.

No pasa día sin que el telégrafo dé cuenta de la celebración de *meetings*, verificados al aire libre, y sumamente concurridos, donde los apóstoles del socialismo revolucionario exponen las doctrinas que constituyen el credo de los trabajadores y la necesidad de que éstos se organicen para arrancar primero á la clase dominante medidas que aminoren la miseria proletaria, y para lograr más tarde derrocar el caduco edificio burgués, que se opone á que la llaga social del pauperismo pueda tener radical curación.

Los últimos *meetings* celebrados han tenido lugar, en los barrios del Norte de Londres uno, y otro en la población de Manchester, donde el movimiento socialista es importantísimo. En el primero se hizo una dura crítica del régimen burgués, que, al llegar á las últimas fases de su desarrollo, causa á los asalariados infinitos males, aumentando su miseria y su desesperación; en el segundo, al que asistieron más de 6.000 socialistas, se aprobaron varias resoluciones encaminadas á proporcionar ocupación y medios de vida al considerable número de trabajadores, que, por la extremada explotación que han sufrido, se hallan hoy faltos de trabajo, y por lo tanto, de pan para sí y para sus hijos.

Como el socialismo en Inglaterra está llamado á adquirir rápido desarrollo, procuraremos tener al corriente á nuestros lectores de los progresos que allí haga.

COMUNICACIONES

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

COMITÉ LOCAL DE MADRID

A fin de conmemorar la proclamación de la *Commune* de París, organiza este Comité un banquete para la noche del 18 de marzo.

Los individuos que deseen tomar parte en él podrán inscribirse mediante el pago de una peseta cincuenta céntimos, en la Redacción de El Socialista, Hernán-Cortés, 8, principal derecha, de ocho á diez de la noche, cerrándose la inscripción el día 16 del corriente. El sitio y hora del banquete se indicará con oportunidad.

Madrid, 11 de marzo de 1886.

Por acuerdo del Comité, Juan Gómez Crespo.

ANUNCIOS

R. Velasco, impresor, Rubio, 20, Madrid.